

PRÓLOGO

Si alguna materia conforma la obra de Rafael Vargas, no es la mentira, ni el absurdo, ni la modernidad, ni el anquilosamiento en planteamientos del pasado. La materia que da cuerpo a sus libros, la que flota entre los versos que derrama, es el tiempo.

Juan Ramón Jiménez describió a su Moguer como la luz con el tiempo dentro. Rafael Vargas, a través de sus poemas, enciende la luz en el interior del tiempo. En los versos que componen *Sapos en el jardín*, el tiempo se ilumina, se enciende y se convierte en eje fundamental de una forma de vida, de cualquier forma de vida. Casi se puede deducir que la vida es tiempo y el tiempo vida.

El tiempo es, primero que nada, una realidad insobornable. Mirar el tiempo cara a cara, afrontar sus ojos cuando matan con la dureza de lo inamovible, entender su capacidad de darle nombre a las cosas o de reclamar del poeta que nombre lo que vive, lo convierten en lo más cercano, en lo más cierto, en lo único a lo que se puede aferrar cualquier persona con conciencia de estar vivo. Y el poeta está vivo.

El tiempo, por otro lado no es más que el camino hacia la otra orilla, el tránsito por el que la vida va dejando sus huellas. Unas veces la trastienda de una infancia robada, por circunstancias personales y por imperativos de gobernantes impostados del poder y la gloria. Otras veces el zaguán de una juventud que existe en los cuerpos de los muchachos pero no en su urgente necesidad de tomar al

mundo por los cuernos. Las más veces, el alegato insistente de lo que uno ha hecho, de lo que uno ha dicho, de lo que uno no ha hecho y de lo que uno no ha dicho. Rafael defiende que uno no es solo lo que hace, sino también lo que no hace y las razones por las que deja de hacerlo.

Y el material del que se moldea la vida, la sustancia que le da forma y la precisa se puebla de los otros elementos que llenan la cosmogonía conceptual del poeta. En la vida tan temporal que defiende se mueve la verdad como amarra de lo digno, la mentira como promotora del asco que se debe volcar sobre aquello que desmenuza lo que ennoblece la existencia. La amistad como uno de los baluartes de la humanidad, no la humanidad como grupo de seres humanos, sino como concepción de la relaciones de un ser con todo lo que le rodea. La libertad se convierte en *leit motiv* y a la vez en el camino. Ser libre para ser humano, palpar el tiempo para que la libertad no se nos escape, conseguirla, mantenerla, enjuiciarla y crecerla. Y la lucha. La lucha es el arma con el que Rafael enfrenta el tiempo, el final del tiempo. Retar cuerpo a cuerpo a la muerte, aceptarla como parte inexorable del tiempo, de la vida, y sin embargo resistírsele, jugar a ganarle las batallas del día a día, arrancarle segundos, minutos, horas, días, meses... tiempo en definitiva.

Para Rafael, enfrentar el tiempo es hacerse humano. En la lucha está la vida, en las derrotas se recolectan los laureles de las victorias. Ganar no es una opción, se confiesa *enamorado de las derrotas*, pero dejar la lucha significa rendirse a la muerte. Hasta la última hora, hasta que el cuerpo aguante, la vida es vida y hay que ganarla.

Dividida en cuatro partes y con un poema anticipativo de las intenciones, el poemario se manifiesta duro y directo, sin concesiones a la estética, saturado de un contenido brutal y sincero, con la honestidad con que Vargas se desgrana en cada verso. El primer poema, dedicado a Andrea Fabra, la congresista que ante el anuncio de medidas de recortes económicos y sociales aplaude, grita *muy bien* y escupe un *que se jodan*, no es ningún órdago, sino un aviso con todos sus avíos.

La primera parte del libro, *La razón de la duda*, advierte de la vinculación del poeta con la verdad, con su tiempo y su gente, de su compromiso con el dolor para romper las barricadas en las que no caben los ateos. Siempre hay dioses, como la libertad que incitan a la lucha perpetua.

Sapos en el Jardín que es la segunda parte y la que da título al libro completo, es la que más mira hacia atrás, la que recupera la queja contra el tiempo, no perdido, sino robado, y reclama esa revisión de la historia sin victimismos y con dignidad. Una revisión que descubra por qué solo murió *quien pudo* y los demás quedaron perdidos en una geografía sin nombres.

Las cartas sobre la mesa, la tercera parte del libro, es la que dignifica la lucha sin rendición, la que mira al retorno de las lizas sabiendo que la pelea seguirá para siempre, la que recupera un Sur sin el que no se puede despertar.

La parte final, *Derecho de fuga*, es un alegato por el asco hacia la injusticia, hacia la necesidad, una defensa del enfrentamiento ante lo inevitable, una forma de hacer un balance en que la mitad queda como la última trinchera y las cuentas, aunque repletas de números rojos, acaban mostrando más valiosos los tres céntimos de alegría que los noventa y siete de llanto.

Sapos en el jardín es un libro de desquite. Rafael Vargas, de prolífico lápiz y de indomable caudal de imágenes tiene la lucidez necesaria para enfrentar su legado. Sabe que en los últimos libros, la vena poética había cedido al deseo de reconciliarse con unas deudas que el estimaba impagables. Su verso alternó imágenes de las más intrínsecas varguianas con prosaísmo de escaso carácter poético. No resultó. Las prisas por ganarle tiempo al tiempo no le permitieron mirar con perspectiva, pero a la larga, otra vez el tiempo, se lo permite. Vargas gana cada escaramuza que enfrenta y desde los meses pasados empieza a comprender por donde filtra el agua su último intento. Y busca el desquite.

Sapos en el jardín se convierte en una diatriba contra sí mismo, contra la mentira usada en beneficio propio, contra la frialdad ante los tiempos, contra la uniformidad que se nos impone desde criterios económicos asfixiantes, contra el acomodo burgués frente a las causas perdidas, contra la impunidad de fantasmas que no se quedaron en el pasado, contra la injusticia consentida y fomentada, contra la estulticia del hombre que se niega a ver sus propias evidencias. Es una obra de enorme contenido reflexivo. Una obra en la que Rafael Vargas recurre de nuevo, cómo no, a la desarticulación del lenguaje, al montaje nuevo de las palabras, a buscar referentes orales que antes no existían. Vuelve el autor a tomar las riendas de sus imágenes, de las palabras que dejaron de significar y que desea que retomen la conciencia de nombrar a las cosas, sobre todo a las cosas que no se pueden nombrar desde un presupuesto políticamente correcto. Se recrea otra vez, es una línea nunca perdida en su obra, en buscar la cer-

teza indiscutible de las pequeñas cosas, no por pequeñas irrelevantes, sino todo lo contrario, por no estar sujetas al juicio del tiempo, se convierten en las que realmente aportan veracidad y dignidad a la vida: *En los pormenores está la sal.*

La queja aparece como argumento en cada parte del libro. La queja de las cosas mal hechas, la sensación frustrante de dejar el camino sin recorrer, de cejar en los empeños cuando la dignidad permanece en juego. No pedirle más a la existencia es también perder la guerra contra el tiempo. Hay que exigirle, pero conociendo que la verdadera altura, la estatura real del hombre no la da la medida de los cipreses, sino la dignidad de vivir. También se queja Rafael contra lo absurdo de hermohear de primaveras los otoños, la mirada ficticia de quienes se niegan a retratar el mundo, el tiempo que les toca vivir, jugando a lanzar voces al coro de la luna.

Sapos en el jardín es una forma de mirar los elementos destructores que se encaraman a las tapias de los jardines que se dan por terminados. Nada acaba, la libertad hay que ganarla y mantenerla, la lucha persiste hasta la muerte, la creación es la vida para los creadores y no admite relajaciones ni renunciaciones, la mirada al tiempo que nos ha robado otros tiempos, el de la infancia, por ejemplo, que Rafael padeció y gozó en la posguerra. El análisis crucial e irrenunciable de los dictadores y sus censuras, el lamento por las siempre inocentes infancias escritas con hambre y silencios. Todo eso no termina. Cada vez que se relajan las vigiliaciones, cada vez que se permite el gobierno de los economistas y no de las personas solidarias, trabaja-